



El nacionalsindicalismo cuarenta años después

Juan Velarde Fuertes

El 1 de agosto de 1936, unos miembros del 5.º Regimiento de Milicias Populares, en una esquina de la calle madrileña de Ponzano, efectuaban la labor de terror en la retaguardia, que, como ha destacado Enrique Castro Delgado, era esencial para eliminar el peso de la recién bautizada *Quinta columna*. Ramiro Ledesma Ramos, que había esquivado los controles hasta entonces, después de cenar, y acompañado de su hermano Juan Manuel, se dirigía a su casa, situada en el citado lugar. En ese momento es detenido, y asesinado el 29 de octubre de 1936 cuando oficialmente se le trasladaba de la cárcel de las Ventas a la de Chinchilla. Le acompañó en la muerte el escritor de la generación del 98, Ramiro de Maeztu. A un falangista detenido con él en las Ventas le dejó este escalofriante y escueto testamento político: “Vosotros, si os salváis, vais a quedar muy pocos, y los que quedéis estaréis siempre a merced de los arribistas y logreros, que acabarán por dominaros, y todo lo que se ha hecho por J.O.N.S. y F.E. desaparecerá en la inundación” (1).

Muere así la cabeza de un grupo político que había publicado en febrero de 1931 un manifiesto político titulado *La Conquista del Estado* (2). Como de él proceden el nacionalsindicalismo y el falangismo españoles (3), al unirse una serie de personalidades y movimientos confluyentes, creemos resulta interesante presentar en 1971 un pequeño análisis histórico-crítico, al cumplirse los cuarenta años del nacimiento de la célula inicial del mismo. A través de lo que sigue se apreciará, creo yo, la permanencia de esta afirmación de Pedro Laín Entralgo: “El Nacionalsindicalismo comenzó en 1931 y 1932 polemizando contra el triple orden de realidades históricas que entonces imperaban sobre el haz de nuestra España: la realidad liberal, la realidad marxista y la realidad derechista o contrarrevolucionaria. Contra las tres se alza el Nacionalsindicalismo. ¿En nombre de qué? Muchos no lo hubiesen sabido entonces precisar en forma de sistema, y acaso hoy, al menos acabadamente, tampoco” (3 bis).

Amplíemos algo la cuestión. Ramiro Ledesma había acumulado tensión política a lo largo de los años de la Dictadura. No sólo me refiero al artículo en que habla, en 1930, de “economía sindical” (4). Su incidente en la cena-homenaje de la Sagrada Cripta de Pombo a *Gecé* el 30 de enero de 1930, en que acalló a un orador que sostenía el “oscurantismo” de España con un tremendo “¡Arriba los valores hispánicos!”, evidencia que el cambio no es tan fuerte, ni tan “brusca la transición” del filósofo al político como se indica en el interesante libro *Ramiro Ledesma, fundador de las J.O.N.S.* (5). Estoy, por el contrario, totalmente al lado del profesor Montero Díaz, que se plantea el problema de esa “brusca” transición. Muy bien señala éste que “contra lo que pudiera creerse, la postura política que Ramiro inicia en *La Conquista del Estado* tiene un precedente en anteriores escritos. Existe toda una evolución, todo un proceso ideológico a lo largo de varios años de vida intelectual, cuyo

desenlace es la formulación de su doctrina nacionalsindicalista” (6). Este primer ¡Arriba! provocó una polémica entre Ramiro y Fernández Almagro. En carta que el primero envió al *Heraldo de Madrid* (7), afirma varias cosas: a) Que actúa dentro de “un grupo” de jóvenes; b) Que “no somos fascistas”; c) Que la raíz intelectual se encuentra “en los libros del maestro José Ortega y Gasset, donde se hallará casi íntegra”; y d) Que es antiliberal, pero simultáneamente opuesto a las “ideologías reaccionarias”, a las que califica de “carroña histórica”. A principios de 1930 todo parecía claro. Por ello, buceando en sus orígenes, hay que llegar, guste o no, a Ernesto Giménez Caballero y a José Ortega y Gasset, cada uno en su plano, naturalmente. En 1929, Giménez Caballero publica un libro muy poco manejado hoy (8). Muestra un camino a los intelectuales jóvenes, diferente del liberal un tanto pasado de moda, y del atractivo comunismo, poniéndolo en línea de paridad con éste: el fascismo. Juan Aparicio lo muestra bien claro, al aludir a “la camaradería incierta y resuelta de *La Gaceta literaria*, donde Giménez Caballero nos descubría con acento mesiánico lo que era el fascismo” (9).

Por lo que se refiere a Ortega, Juan Aparicio nos habla de un libro manuscrito, extraviado en los talleres de la C.I.A.P. en la primavera de 1939. Llevaba, según Aparicio, por título *Filosofía imperial* (10). En mi opinión se trata del mismo texto al que alude Santiago Montero Díaz, y que Ramiro Ledesma iba a titular, en 1931, *La Filosofía, disciplina imperial* (11). En la *Advertencia inicial*, fechada en Madrid, octubre 1930, indica que estos trabajos se publicaron en “su primera juventud, de la que ahora estrictamente sale, a los veinticinco años, para dar cara a otras responsabilidades y otras tareas de grado muy distinto” (12). Es curioso que señale en esta *Advertencia inicial* una postura bien clara y bien lógica, de política cultural, al señalar que “nada hará entre nosotros el físico, el jurista, el historiador, si no logramos que se densifique en nuestra atmósfera intelectual el gusto y la afición por los problemas centrales de la filosofía. Ella tiene el secreto de los nexos sobre que gravita el enjambre teórico, de que el hombre de ciencia se rodea a todas horas. Así, todavía, la cultura española es tosquedad y radio breve, sin una concepción del mundo ni una seria dedicación a los temas fundamentales. Semejantes limitaciones deben ser torpedeadas por la generación nueva. A base de cien cátedras magníficas de filosofía” (13).

¿Y esto, por qué? Pues, muy en síntesis de su postura frente al idealismo, que elabora “una filosofía de la naturaleza, que no es ciencia”, y frente al positivismo, al que casi despectivamente tacha de no ser filosofía, surge su afirmación de que todo filósofo, “en tanto que filosofa con legitimidad”, necesita de un sistema —de una “idea estructuradora”—, pero “a los conocimientos científicos —como tales— les está vedada esa pretensión” de ser saberes sistemáticos. Por eso, Hegel, en su *Phänomenologie des Geistes*, “pensaba, con imperial gesto, que no hay conocimiento posible sino dentro de un sistema”. En esta interferencia de saberes, del científico y del filosófico, “el rango sistemático e imperial, por decirlo así, del segundo sirve de antena diferenciadora”. “Resulta, por tanto, que sin los auxilios de la filosofía los saberes carecerían de legitimidad. Con lo que no queremos decir que fuesen falsos. Sólo el saber sistemático alcanza solidez y es inatacable.” De ello concluye: “El saber filosófico, debido a su carácter de sistema, logra la máxima legitimidad y, por su esencia misma, está dotado de *capacidad de convivencia* frente al saber científico. Pero la filosofía centra sus problemas en el orbe mismo, donde todas las cosas se unifican y reciben el aliento primario que las hace objetos para nosotros. Es por ello, según decimos en el título de estas leves notas, una disciplina imperial” (14).

Este conjunto de ensayos está impregnado de trabajos que, como confiesa Ramiro, los han conocido “muy bien los que frecuentamos las conversaciones filosóficas de este maestro” (Ortega) (15).

Ramiro Ledesma Ramos muestra, por tanto, un caso parecido al de Carlos Marx. Forja sus armas en la filosofía, en el mundo intelectual, y éste le impulsa a la acción. Entenderla sin entender lo primero, es imposible. Por eso es especialmente significativo su ensayo *Un libro francés sobre Hegel*. Piénsese al leerlo y en las alusiones que hace Ramiro a la lógica hegeliana como contrapuesta a la aristotélica (16), en esta frase lapidaria de Lenin: “No se es capaz de comprender enteramente el *Capital* de Marx, y, particularmente el primer capítulo, si no se ha estudiado y comprendido *toda* (subrayado de Lenin) la *Lógica* de Hegel. En consecuencia, se puede afirmar que, desde hace medio siglo, ningún marxista ha comprendido a Marx” (17). Después de leer lo que escribió

Ramiro, ¿estaremos de acuerdo con la siguiente afirmación trivial y pedantesca de Stanley G. Payne?: “Ledesma empezó interesándose por la filosofía alemana y trató de obtener el título de licenciado en Filosofía por la Universidad de Madrid (18). Alrededor de 1930 publicó algunos ensayos inteligentes, pero sin gran originalidad, sobre diversos aspectos del pensamiento alemán en la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset y en la *Gaceta Literaria* de Giménez Caballero” (19).

Volviendo a Ortega, decir, como hace Southworth (19 bis) que sembró “la semilla del fascismo español”, es una simpleza. Semillas encontraría en Costa, Tierno Galván; en Azorín, el propio Antonio Machado; en Unamuno, Baroja y Ramón Gómez de la Serna, al redactar lo que le contaron en Roma muchos fascistas, Giménez Caballero. Más que de una semilla individualizable surge de una serie de concausas, entre las que no es ajena el *snobismo*. Por ejemplo, según Giménez Caballero, Rafael Alberti osciló mucho entre fascismo y comunismo en la etapa de *La Gaceta Literaria*.

El año 1931 fue el del alborear, pues, de muchas cosas. El 1 de enero de 1931, en *La Gaceta Literaria*, se despidió de su vida de pensador puro Ramiro Ledesma Ramos con su artículo *Filosofía 1930*. En él se refiere a un escritor socialista en rotundos términos, al aludir a su semblanza política, pues de ella escribe, “radicalmente difiero y estoy llamado a combatirla de un modo implacable y agresivo”. El 31 de diciembre de 1931 ha visto la radicalización de *Libertad*: “No menos tajante habrá de ser la protesta contra la tozudez del capitalismo burgués, cerrado a toda transigencia voluntaria con la ya ineludible victoria de una nueva estructura económico-social”, a lo que añade, “la invalidez de las formas capitalistas para llevar el derecho a un bienestar medio de todos los ciudadanos del Estado” (20). Han nacido las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. José Antonio, mientras tanto, se ha presentado a unas elecciones como candidato en Madrid el 4 de octubre de 1931, dentro del grupo *Los defensores de la memoria del General Primo de Rivera*. Obtiene 29.000 votos, lo que asombra a los republicanos del Gobierno. Ha escuchado, como candidato “independiente”, una adhesión que no había percibido en sus tareas primeras políticas de la Unión Monárquica Nacional, heredera de la Unión Patriótica. Se trataba de un político que llega, como Ramiro Ledesma, desde un ángulo no político. De la Unión Monárquica Nacional se había separado antes del 12 de abril de 1931 (20 bis). El primer párrafo significativo en público de José Antonio se pronunció el 27 de noviembre de 1929 en el homenaje tributado a Antonio y Manuel Machado: “Hay escritores a quienes sólo se puede admirar. A otros, como a Manuel y Antonio Machado, se les admira y se les ama” (21). Curioso que el primero de los pasos en público de Ramiro sea un cuento publicado en *La Esfera* a los diecisiete años. De él es este texto: “Llegó un día en que Leonardo Ramírez se plantea a sí mismo la cuestión enigmática de su existencia... ¿Quién era él, para qué vivía?...” (22). Estos dos pensadores pronto han de preguntarse esto y responder, muy a costa de sus intereses privados, lanzándose a la vida política.

Espero que no queden desdibujadas, en este análisis desde 1931, una serie de figuras que van después a desempeñar un papel notable en el nacionalsindicalismo. Como no lo he visto en ninguna parte, me parece que no es ocioso escribir algo sobre los diversos afluentes que constituyen los “ríos falangistas” de que habló Panero en su *Canto Personal*. Es muy interesante conocer cómo se cohesionan, cómo se dividen y cómo se afianzan en ellos las creencias en la posibilidad de una revolución nacionalsindicalista conforme va aclarándose la doctrina social que propugnan. Excuso decir que del libro de Payne, prescindo. También de muchos otros, mucho más importantes y serios que éste, que pretenden aclarar lo ocurrido a partir del 18 de julio de 1936, y en la España Nacional. El presente análisis se refiere a los inicios, no a lo que pasó después.

Tengo que proporcionar también una aclaración. No sólo me baso en textos. Desde antes de 1936 estoy vinculado, de diversos modos, a este movimiento cuyos albores ahora estudio. Ello me proporcionó una serie de contactos, de vivencias, de charlas, de presencias, que me aclaran su historia tanto o más que los libros, revistas, documentos que, ineludiblemente, han de manejarse.

Los antecedentes más remotos de todo, parece que habrían de buscarse en *La Gaceta Literaria*. Es curioso el autógrafo de Ernesto Giménez Caballero que tomándolo de la obra de Nello Enríquez, *La Spagna risorge*,

publicada en 1937, se transcribe fotográficamente en la obra de Southworth *Antifalange* (23). En torno a Giménez Caballero y su revista, desde 1927, se agitan todos los *ismos* que éste es capaz de captar. Entre éstos no desdeña los *ismos* políticos, unidos, por supuesto, a los estéticos. Un substrato propio existe. La traducción de la obra de Curzio Malaparte, *La técnica del golpe de Estado*, no es ajena. Incluso en su propio título vemos alguna raíz de la denominación que se impone el grupo inicial: *La Conquista del Estado*. Giménez Caballero se autodeclara fascista en 1929: “Cuando el fenómeno fascista irrumpió en mi conciencia, a posteriori de mi reconocimiento entrañable con Roma, me vi perdido. Tenía que admitirlo *acríticamente*. Como un mandato familiar, como una imperiosa mirada de obediencia” (24), aunque añade que “para España, por ejemplo, el fascismo resultaría casi tan extranjero como el liberalismo” y encaja así esta aparente antinomia: “El pueblo que no encuentra en sí su propia fórmula de fascismo es un pueblo influido, sin carácter y sin médula” (25). En 1932 va a publicar *Genio de España*, violenta reacción nacionalista a la serie de pérdidas de nuestro Imperio desde Westfalia — 1648— al Pacto de San Sebastián —1930—, pasando por la Paz de París, que liquidó la catástrofe del 98. Ofrece así un texto, no para la doctrina social, pero sí para la nacional, de esta corriente.

Pero *La Gaceta Literaria* —lo atisbó García Venero (26) y se le escapó a Southworth— era casa con muchas, quizá excesivas, puertas. Ya es sospechosa la sistemática y sincrónica alabanza que en ella, y en una serie de libros de Giménez Caballero, se hace tanto del fascismo como del comunismo. Por otro lado, los Bauer habían montado —con conexiones monárquicas y burguesas— la famosa editorial C.I.A.P., donde acabó encajándose *La Gaceta Literaria* desde un punto de vista financiero. Así se explica el que, efectivamente, en esta publicación y en su director esté el mantillo donde arraiga por primera vez este nuevo movimiento (27), pero nada más.

Southworth no se da cuenta de ese abrir varias puertas cuando él mismo transcribe el citado autógrafo. En éste, debajo del nombre *La Gaceta Literaria. Madrid*, surge un ángulo. Al final de uno de los lados escribe Giménez Caballero textualmente *Com.*, y en la terminación del otro *Fas.* Supongo quisiese decir comunistas y fascistas. En columna, bajo *Com.*, aparece la siguiente lista: Alberti, Arconada, García Lorca, Antonio Espina. De ellos sale una flecha que concluye en *Nueva España*, y debajo, 1931. Bajo *Fas.*, y muy recuadrado, pone, sucesivamente, Ledesma Ramos, Aparicio. De ambos salen dos flechas que concluyen en *La Conquista del Estado* y debajo 1931-2 (sic). Una flecha apunta a Baviera —supongo sea la cervecería de este nombre— y a *Sindicalismo Nacional*. Estas palabras están subrayadas, y sobre *Genio de España 1931-2* otra flecha, que sale de Ledesma Ramos, concluye en *Juntas de Ofensiva Nacional Sindic.* Si se quiere marcar más claramente que *La Gaceta Literaria* y su director, con sus traducciones de Malaparte —debe destacarse *En torno al casticismo de Italia*— no fueron base de *ismos* políticos, bien dispares y con tendencia a prohijarlos todo, sino de uno en particular, va a ser difícil.

Sin embargo, el 15 de febrero de 1929, se publicó en *La Gaceta Literaria* el texto que encabeza la cuartilla manuscrita por Giménez Caballero: *Carta a un compañero de la joven España*. Este compañero era Ramón Iglesias Parga, que iba a firmar también el *Manifiesto político “La Conquista del Estado”*.

Por considerar tal *Carta* como una declaración fascista, los colaboradores de Giménez Caballero se dividieron. Unos, Antonio Espina, los miembros de la F.U.E., se fueron. Pero se quedó Arconada. Todo esto indica, incluso cuando pasa a publicar el *Robinson literario* — sucesor de *La Gaceta Literaria*— y a redactar *Genio de España*, que Giménez Caballero siempre siguió llamando a puertas bien diversas. Recordemos su extraña alusión a que Alberti le saludaba brazo en alto y que pudo haber sido el poeta de la Falange. Insisto en que *Gecé* no es más que un basamento y que osciló políticamente con brusquedad (28).

Esta línea que se lanza desde *La Conquista del Estado* tiene de número en número de la revista un originalísimo carácter doctrinal. Uno de sus aspectos es que, por primera vez, se formula un empeño nacional muy claro, que llega hasta la formulación de una política exterior agresiva. Esta novedad es observada por Areilza y Castiella en sus *Reivindicaciones de España*, la única obra intelectual falangista en que se concretaron algunas de estas cuestiones (29). Su único precedente, después del cataclismo del 98, está en la Federación Cívica Española, que creó Emilio Huguet del Villar en 1918, y donde se formulaba una política exterior africana nada

acomodaticia. Claro es que esto es señal indubitable de “fascismo” para Southworth. A éste no se le ocurre que el fascismo pueda ser una superestructura política que procure defender al gran capitalismo de las asechanzas del mundo trabajador con una organización paramilitar calcada de socialistas y comunistas, y con una tensión nacionalista o racista muy fuerte. Para él “el fascismo no tuvo más programa económico que el saqueo de sus vecinos”. Así, las energías de la revolución social podían ser canalizadas hacia una aventura imperialista en que el precio de las reformas sociales necesarias para el país serían pagadas por el vencido en la lucha de conquista. De este modo, la “vida mejor para todos... se hallaba en la ilusión de las riquezas de un imperio por conquistar” (30). Por ello para Southworth era muy difícil que naciesen fascismos en países con gran imperio colonial, pues era difícil “inculcar” tales ideas por eso mismo. Consiguientemente, en países de este tipo —y cita textualmente a Bélgica (31)—, los que él llama movimientos fascistas, “encontraban poco éxito”. Claro que con eso liquida de un plumazo precisamente al *rexismo* belga, ignora lo ocurrido en Portugal con el Estado Novo y los acontecimientos en torno al *affaire Stavisky* que estuvieron a punto de derribar la III República y que crearon la posibilidad de que ocupase el Poder un “movimiento fascista” francés.

Si, en cambio, cree que la fórmula fascista, al llevar a esta expansión, “permitiría un progreso social para las masas descontentas, pero no a expensas de las clases poseedoras del país, sino a expensas de los competidores en la arena capitalista internacional y de las masas de esos países” (32), se olvida al que sería el país y el régimen fascista por excelencia: Norteamérica y su peculiar democracia. Las masas de su población traspasaron su miseria de inmigrantes, de “pobres blancos” a los indios, primero, y a los negros de los Estados del Sur, después; posteriormente, a las Repúblicas hispanoamericanas —¿habrá que recordarle la zona del Canal de Panamá?—, a Hawaii, a Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam, a los isleños del Pacífico, a los japoneses, a otros pueblos asiáticos, hasta que su imperialismo chocó con el expansionismo soviético, por un lado, y con el chino, por otro. Si el “objetivo último” del fascismo (33) es sólo la expansión imperial que alimente a sus masas a costa de otros pueblos sojuzgados, mucho hallará en Estados Unidos o en la Unión Soviética. Raquítica recolección en el caso español. Pues si triunfalmente salta de frases de Giménez Caballero —cuyo fascismo, por otras causas, admito— a *Reivindicaciones de España*, la cosecha será pobre.

Southworth ya admite que “la reivindicación de Gibraltar en sí misma puede ser difícilmente considerada como una reivindicación del carácter imperialista” (34). ¿Qué queda aparte de este tema en el libro de Areilza y Castiella? Primero, una protesta porque en el siglo XIX, y como expansión de Filipinas, en la expedición de Palanca no se hubiese apoderado España del Tonkin; después, porque también en el siglo XIX se hubiese abandonado la posibilidad de lograr bases españolas en el mar Rojo y golfo de Aden, en la ruta España-Suez-Filipinas; también, una alusión a las bienandanzas que una alianza con Bismarck y contra Francia en 1870 nos hubiese deparado. Sólo después plantea las “reivindicaciones”. Se concretaban, primero, en Gibraltar, lo que no es imperialismo. A ello se añadía el Oranesado, no mucho más que lo reivindicado en 1912 por Canalejas, en una zona costera que iba de cabo del Agua hasta Mostagnem, y con predominio de población inmigrante española. Orán, por otro lado, sólo había dependido de Argel en el espacio que va de 1791 —fecha en que lo abandona España— a 1830, año en que lo ocupa Francia. Orán, pues, se contempla para España, y en 1940, como lo que era: “tierra de expansión para su vitalidad demográfica” (35). Que la bandera fuese española o francesa a los argelinos les traía sin cuidado, y sólo los acontecimientos que siguieron a la *Toussaint*, complicados con la desdichada operación francobritánica sobre Suez, posibilitaron el nacimiento de una Argelia independiente. Todo esto era inimaginable en 1940. También aquí se trataba de liberar a los emigrantes españoles de otro imperialismo. Con respecto a Marruecos, se indica por Areilza y Castiella que la “alta misión” de España es “devolver, por de pronto, a un pueblo generoso y amigo *su unidad* (subrayado de los autores). Esa unidad sin la cual, bien sabemos, la libertad y la grandeza de una nación resulta imposible” (36). No parece que haya aquí traspaso alguno de rentas para las “masas fascistas” de nuestro país. Incluso se hablaba de que “España y Marruecos pueden en cambio, con beneficio mutuo, complementar sus economías recíprocamente” (37), indicando que era necesario para el Mogreb liberarse de las ataduras aduaneras impuestas por el Acta de Algeciras. Ni tal complementariedad siquiera se hubiese logrado, porque Marruecos hubiese constituido durante

años un peso material sobre España, pero la vinculación política hispano-marroquí parecía ofrecer una contrapartida más que suficiente para esta carga económica. De otro tipo era la petición de una rectificación de las fronteras de nuestro Sahara, no sólo por el Norte hasta el cabo Guer, sino por el Sur hasta la bahía de Arguin, y una profundidad “en torno a Marruecos..., alcanzando las fronteras del Oranesado español con holgura suficiente” (38). Rendimiento económico esperable de esto, nulo. Se trataba de poner un cordón protector para Marruecos frente a franceses o a italianos, pues en aquel momento la segunda guerra mundial parecía marcar la rotunda derrota de los primeros, a más de una línea costera amplia de defensa de las Canarias. Era la política, y no la explotación, la que motivaba este expansionismo.

Realmente, algo que pudiera hoy calificarse con rigor de imperialismo colonialista, sólo se buscaba en el golfo de Biafra. No deja de ser significativo que de las 613 páginas de texto, de quejas y peticiones, se dediquen sólo 56 a argumentar en pro de una expansión en el África ecuatorial. Dejo a un lado la equivocación de ver en estas zonas un “África ubérrima”, aunque hoy, con el descubrimiento de yacimientos petrolíferos, cambia algo el panorama. De todos modos, se pedían dos zonas importantes. Por un lado, a costa de Gran Bretaña, casi lo que correspondió a la secesionista República de Biafra en su reciente sublevación contra Nigeria. A cargo de Francia, la costa desde el río Campo hasta cabo López, penetrando al Norte por el paralelo del Campo hasta el Ubangui y su confluencia con el Congo. De este río saldría un paralelo hasta encontrar el río Ogué, y después éste sería la frontera Sur. Se aceptaba que Camerún fuese para Alemania. Se buscaba, evidentemente, completar las selvas gabonesas con suelo agrícola y excedente de mano de obra en el Norte. Hoy todo esto parece ser un juego de despropósitos, pero hasta 1945 se admitió la posibilidad de rectificar fronteras en África. Sin embargo, a este “imperialismo colonialista” quedaba reducido todo lo que Southworth califica de “idea imperial falangista”, y de “programa de la Falange”, y que, al no alcanzarse, “promovió la marcha de los intelectuales de sus filas” (39).

Después de esta excursión sobre la política expansiva que nace en *La Conquista del Estado*, debemos señalar que en el Manifiesto inicial, el punto 6.º indica: “Afirmación de los valores hispánicos”; el punto 7.º señala: “Difusión imperial de nuestra cultura”. El 10 ataca el separatismo, y el 16 solicita la “lucha contra el farisaico caciquismo de Ginebra”, y la “afirmación de España como potencia internacional”. Muy difícilmente de aquí sale esa opresión “fascista” de que habla Southworth. Menos aún si leemos lo que es “Imperio” para Ramiro. Escrito en 1931 está: “El imperio hispánico ha de significar la gran ofensiva: nueva cultura, nuevo orden económico, nueva jerarquía vital” (40). Si nos hemos extendido en torno a este punto sobre el “imperialismo” se debe a nuestro deseo de que, incluso en el momento en que podía alcanzar su máximo paroxismo, nada ocurrió. Castiella y Areilza no pidieron volver al Pacífico; no solicitaron la unificación de Cataluña, rota por la Paz de los Pirineos; no plantearon problema alguno respecto a Portugal. Se limitaron a señalar unas posturas ante África, para indicar a alemanes e italianos hasta dónde llegaban nuestros intereses y ello de un modo tan rotundo que supiesen, si no aceptaban la posición española, que se enajenaban su amistad. En el delirio nacionalista italiano se llegó, recuérdese, a pronunciar la palabra *Gibraltar italiano*, y la avidez germana ante África parecía ilimitada. Sencillamente con este libro se intentó afirmar a España “como potencia internacional”, cosa normal además en la política de todos los países y en todos los momentos. Hoy, naturalmente, que esta afirmación se efectuaría de otro modo. Para acabar este alegato recordemos que José Antonio escribió sobre el término Imperio muchas veces, y que entendido como una simple expansión territorial que proporcione rentas más alta y exporte los conflictos de clase, es una grotesca deformación de sus escritos y producto de una lectura apresurada de autores socialistas (41). Pero si Ramiro y José Antonio opinaron tan “antiimperialistamente”, según la concepción de Southworth, al hablar del Imperio, ¿es que se le disuelven como dirigentes *fascistas*? ¿Qué jugadas tiene el pontificar en ciencia política y en historia cuando se tienen huecos notables en ambas!

Al lado de esto, lo social procuró reforzarse, y en este sentido *La Conquista del Estado* se acercó resueltamente a la C.N.T. Esta organización obrera estaba fuera del juego de la política social de la II República, había logrado un gran número de militantes y luchaba, incluso con violencia, contra la U.G.T. Dentro de ella actuaba un grupo

minoritario, pero muy influyente, a través de la organización semisecreta F.A.I. Frente a ésta se alineaba una serie de militantes que iban incubando otra concepción del más castizo sindicalismo español. Logra Ramiro Ledesma Ramos, al solidarizarse con uno de los jefes de la huelga de la Telefónica, Nicasio Álvarez de Sotomayor, incorporarlo a sus filas. Fracaso, en cambio, en los intentos de enlazar con el comandante Franco. Pero ello muestra una tendencia hacia una apertura izquierdista del máximo interés (42). Su dedicatoria de la carta que le envía es expresivísima, “A ti, camarada comandante Ramón Franco, gloria del pueblo, hombre ejecutivo. Seas destinatario excepcional de estas páginas que nosotros, *La Conquista del Estado*, organización de juventudes revolucionarias, te dirigimos”. Como consecuencia de esta carta no fue el comandante Franco el que se aproximó, sino Ruiz de Alda, Escario y el capitán Iglesias, que había de hacerse famoso por organizar una expedición al Amazonas. Recuérdese que Ruiz de Alda, haciendo causa con Ramón Franco en el célebre incidente del *Dornier-16*, “solicitó entonces su baja de la Aviación” (43). De este modo, *La Conquista del Estado* se abría hacia las organizaciones obreras, y Bermúdez Cañete, con Ramiro, plantea una serie de acciones, que no pasaron de simples estudios, sobre el campo. Pretendían la creación del que titularon Bloque Social Campesino (44).

Por eso tiene mucha importancia la aportación de Onésimo Redondo Ortega. Como en *La Conquista del Estado* se da noticia, el 10 de octubre de 1931 nacen las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, popularizadas con el nombre de J.O.N.S. Bien pueden éstas definirse como hijas de la revista. Pero no sólo de esta revista y de sus aditamentos sindicalistas, encabezados por Nicasio Álvarez de Sotomayor. Realmente, la capital de las J.O.N.S. pasó, al cesar de publicarse *La Conquista del Estado* (45), de Madrid a Valladolid. En Madrid “no llegaban a 25 los militantes inscritos” y las reuniones pasaron a celebrar se, por no tener domicilio real alguno, “en el café del Norte, en la Gran Vía madrileña, los domingos por la tarde” (46). Unos pequeños grupos en Valencia y Zafra completaban el panorama, a más de una incipiente acción en la Universidad, a través del Comité Universitario de las J.O.N.S., que, por cierto, tuvo cierta influencia entre estudiantes de bachillerato de los Institutos Lope de Vega, Calderón y Cisneros (47), es todo lo que controlaban las J.O.N.S. si se prescindía de Valladolid.

En esta ciudad se lanza a la acción política en 1931 un doctor en Derecho, lector de castellano en la Universidad de Mannheim —de donde le llega una visible influencia del nacionalsocialismo imposible de detectar en *La Conquista del Estado* (48)—, antiguo alumno de los jesuitas, congregante Mariano, y, por tanto, también influido por la doctrina social católica —1931 es la fecha de la *Quadragesimo Anno*, como es bien sabido— que había ido admitiendo cada vez más las tesis de un Estado corporativo como las más adecuadas para la política social de la Iglesia. Al hacerlo fuera de los grupos ligados a Acción Nacional —después Acción Popular— mantuvo algunos altercados con la jerarquía local (49). Ello no enturbió lo más mínimo sus convicciones católicas, muy fervorosas siempre, y que se miraban con recelo por Ramiro. Tampoco una evidente libertad de acción política, que se muestra con sus comentarios favorables a Lamamié de Clairac, diputado agrario por Salamanca, y a los que califica de “valientes compañeros, también diputados, del Bloque Agrario de aquella provincia” (50).

El 13 de junio de 1931 lanza Onésimo su periódico *Libertad*. En el otoño de 1931 crea las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica (51). Tienen éstas muchos matices, pero destacaría el campesino y el castellanizante, con un sentido regionalista evidente, como cuando escribe en el mismo mes: “Hay que llegar a la unión de todos los labradores castellanos. Castilla debe afirmar su personalidad y sus deseos: contra las internacionales marxistas, contra la hegemonía burguesa, contra la dictadura atolondrada de Madrid.

¡Labradores! Aprendamos de Cataluña y Vasconia.” El mismo nombre de Juntas es castizo a más no poder, y las elogiosas referencias que de los comuneros hace Onésimo —“*Libertad*... cree preciso izar el pabellón carmesí de los comuneros...” (52)—, muestran este regionalismo castellano-leonés, que iba a resucitar en 1936 la C.E.D.A., por cierto que con una violenta crítica de Ramiro Ledesma. Es significativo que mientras contempla al regionalismo catalán como separatista, combatiéndole cerradamente, en el pleito entre los nacionalistas vascos y los socialistas de Prieto, por causas religiosas, se pone bastante al lado de los primeros. Bien es cierto que

el Partido Nacionalista Vasco osciló fuertemente entre la Compañía Tradicionalista y el Frente Popular, para acabar en éste (53). En 1931 aún no se sabía cuál iba a ser su futuro, y el separatismo catalán tenía, aparentemente, una virulencia mayor, que, era especialmente anticatólica en la Esquerra. Esta serie de actitudes lleva a calificar por el propio Onésimo Redondo al Movimiento que él dirige como de “extrema derecha” finales de 1931, en un comentario, por otra parte muy elogioso, a un discurso de Angel Herrera el 22 de diciembre de este año (54). Pero esto es sólo una parte de la verdad.

A lo largo de 1932, la enorme capacidad de organización de Onésimo se vuelca sobre las J.O.N.S. A principios de 1932, varios cientos de sus militantes pelean en las calles de Valladolid contra socialistas y comunistas como consecuencia de los sucesos de Arnedo. En la Universidad abundan los enfrentamientos de las J.O.N.S. con la F.U.E. que, en marzo estaba, como consecuencia de esto, en baja vertiginosa. En mayo, como protesta contra el Estatuto catalán, la agitación pasa ya a los disparos: “Por la Casa de Socorro pasaron unos veinte heridos marxistas y dos de las J.O.N.S. (de Valladolid).” El golpe de Estado de Sanjurjo dio pretexto al Gobierno para clausurar el local de las J.O.N.S. y suspender *Libertad*. Onésimo se marcha a Portugal (55). Sus seguidores pone en la calle “otro semanario de combate Nacional Sindicalista” llamado *Igualdad*. Frente a lo que ocurría con Madrid, en Valladolid, en octubre de 1933, se considera que existe base suficiente para que el nacionalsindicalismo se lance a la lucha electoral. Simultáneamente ha proporcionado a sus seguidores una base doctrinal adecuada, tanto desde *Libertad* como desde *Igualdad* (56). Su popularidad como dirigente del Sindicato de productores remolacheros garantizaba una adhesión de multitud de campesinos medios y pequeños. Sus alusiones a la necesidad de una acción disciplinada dentro del Partido indican que éste posee ya una importancia — regional, por supuesto— notable (57). En el momento de acción electoral editó simultáneamente *Igualdad* y *Libertad*. Le acompañaba a los mítines un equipo de agitación y propaganda de cierta importancia, incluyendo una mujer (58).

Es curioso que ello origina dos cosas. Por un lado, que la influencia radicalizadora de Ramiro sobre Onésimo se hiciese más fuerte. Habiéndose presentado el último como “candidato del pueblo”, en *Igualdad* declara, al anunciar la retirada de su candidatura por la presión de “elementos militares, religiosos y de las mujeres anti-comunistas organizadas entonces en una poderosa Liga” (59), que “nosotros no podemos seguir siendo los cuatro exaltados derechistas, que pegan pasquines, escriben letreros en jornadas nocherniegas, y reciben las tortas que en la calle se pierden... Desde ahora, marchamos solos, pocos o muchos, sin necesidad de andadores... Ni derechas, ni izquierdas. Somos jonsistas” (60). Por otro, su mayor acercamiento a los obreros. “Este propósito de reafirmación del movimiento obrero y juvenil que nosotros alentamos está logrado” (61), sobre todo, al observar el peso que en el campo tienen los caciques, que han urdido “toda la trama del feo complot” que le obliga a abandonar la campaña electoral (62). Es clara, además, una reacción frente a Acción Popular, que “es, como el que más, un partido *madrileño*”, suprema acusación para Onésimo, “colaboracionista, conservador, vaticanista y pacifista”, distorsionado de la J.A.P., a la que califica Onésimo de *totalitaria*. En 1934 la radicalización se había logrado. En el mitin del 4 de marzo de 1934, de Valladolid, calificado por Francisco Bravo como “el primer acto *fascista* puro”, Onésimo habló así a los campesinos: “No os llamo *agrarios*, porque esa palabra me da asco” (63). De esta forma las J.O.N.S. eran un activo en 1934. Gracias a Valladolid, en 1933, se presenció un resurgir enorme de esta organización. Atribuirlo a unos incidentes y una organización en la Universidad de Madrid es simplificar en exceso las cosas (64). Fruto de tal expansión es la edición de una revista teórica, *JONS* (65), y la publicación de varios semanarios en provincias, además de los vallisoletanos. Simultáneamente empieza a tener aliados en puntos importantes, como Bilbao y Barcelona (66). Seguir puntualizando cosas de esta etapa desborda lo que yo pretendo ahora al abordar esencialmente la etapa inicial.

En ella colaboran además otras fuerzas, que desembocan en el mismo punto que las J.O.N.S., pero a través de José Antonio, y que proceden, sucesivamente, de la Unión Patriótica y la Unión Monárquica —pasó a ser Vicesecretario de este partido el 2 de mayo de 1930—, y que a lo largo de estos años se han dedicado a un proceso muy activo de reflexión política. José Antonio va integrando grupos en lo que acabará denominándose Falange Española. Los Comités políticos y electorales de Madrid y después de Cádiz juegan un papel evidente.

Otro, las publicaciones periódicas, encabezadas por *La Nación*, el órgano de la Unión Patriótica, que dirigía Delgado Barreto por aquellos años (67). Finalmente, la conexión de personas que se vincularon para lanzar *El Fascio. Haz Hispano*, dirigido también por Delgado Barreto: Ramiro, José Antonio, Giménez Caballero, Rafael Sánchez Mazas y Juan Aparicio. De él solamente salió el número 1, el 16 de marzo de 1933. José Antonio se presentó como independiente por Cádiz en las elecciones de 1933, en candidatura patrocinada por la “Unión de Derechas” (68).

Por esta época, José Antonio se encontraba estudiando muy seriamente las posibilidades del fascismo. Es grande la distancia que va del artículo *El heroico silencio* —aparecido en febrero de 1930 en *La Nación* y en *Unión Patriótica* (69)—, o del discurso pronunciado en el frontón Euskalduna, de Bilbao, el 5 de octubre de 1930, en el que defiende ir “contra la revolución, en una fuerte unión de derechas” (70), hasta su polémica con el general Burguete, en la que, el 1 de abril de 1931, su talante político es el de cumplir “un deber; de manera especial el de defender la memoria de mi padre” (71). Pero mayor aún la que va de aquí —llegando a decir que “no hay en mi manifiesto una sola palabra de provocación contra la República ni es la misión de combatirla lo que me llama a las Cortes” (72)— hasta su alusión en marzo de 1933 a lo que pretendía la revista *El Fascio*: “La formación de un nuevo Estado gremial, sindical, corporativo, conciliador de la Producción y del Trabajo y con seriedad bastante en su estructuración y en sus masas para contener el avance de las propagandas y de los procedimientos disolventes que, a nuestro juicio, representa el marxismo en todas sus formas” (73). Era la época en que trataba de dar forma a algo. En una carta cuya copia conservo (74), se observa hasta qué punto el fascismo era algo que estudiaba y sobre el que aún no se había pronunciado definitivamente José Antonio. La transcribo exactamente porque no creo se haya publicado nunca (75): “José Antonio Primo de Rivera.— Abogado.— Alcalá Galiano, 8.— Madrid.— 1 de agosto de 1933.— Sr. D. Tomás Dehesa.— Fábrica de conservas de Pescados.— Laredo (Santander).— Muy distinguido señor mío: Recibí su afectuosa carta del 22 de julio y puede creer que si le digo que me alegró de veras no expreso sólo una amabilidad formularia, sino una expresión muy sincera. La carta y las notas están tan llenas de sustancia y aciertos que su examen no se puede agotar con una breve contestación. Será preciso, por lo tanto, que aplase por ahora una detenida respuesta, pero a cambio de desquitarme cuando tenga ocasión de hablar con Ud.— Es muy posible que este verano pase por Santander; si no es así, *pienso de todas maneras emplear las vacaciones en estudiar más a fondo el movimiento político e intelectual fascista. Y cuando a principio de septiembre me resuelva a concretar iniciativas* (subrayado mío), puede creer que será Ud. una de las primeras personas con quienes cambie impresiones. Mientras tanto reciba un saludo cordial de su afftmo. y amigo.— Firmado: José Antonio Primo de Rivera” (76).

La idea acabó germinando aquel otoño, con el Movimiento Español Sindicalista —que lanza su “Primera Proclama” con el título de *Fascismo español*—, al que, al transformar en Falange Española se unen otros grupos políticos: el Frente Español de García Valdecasas (77), y la Hueste Española, de la que formó parte Matías Montero. Falange Española, en sus inicios, tuvo una fuerte influencia monárquica de derechas. El discurso de José Antonio fue comentado por Víctor Pradera en *Acción Española*. Existía además la colaboración parlamentaria del marqués de la Eliseda (78), y la activa de Juan Antonio Ansaldo al frente de los grupos de choque falangista. Ansaldo había llegado como aviador en el grupo de Julio Ruiz de Alda. Confiado en las fuerzas de las Milicias, trató de orientar, de modo violento, a José Antonio hacia la derecha. Eliseda había relatado que al terminar alguno de sus discursos, José Antonio le había preguntado: “—¿Te has fijado si le ha gustado a Azaña?” Las conexiones joseantonianas personales con Prieto —mientras éste chocaba violentamente con Calvo Sotelo, y en Renovación Española se intentaba crear el marco monárquico para una Restauración con fascismo—, el que José Antonio se negase cada vez más a declararse monárquico motivaron ironías, como la del citado Ansaldo, que le manifestó que “dotado de tantas cualidades y conocimientos, parecía preparado, más bien que para jefe de Falange, para presidente de la “*Liga Mundial Antifascista*”. Después de la visita a Alemania, de donde volvió desilusionado por “la situación interior del Movimiento Nacional Socialista”, el intento de Ansaldo motivó una profunda reelaboración doctrinal, eliminando a los *desviacionistas* de derechas, a los que encabezaba el marqués

de la Eliseda, después de evidentes y lógicas oscilaciones. De este modo, José Antonio pasó a resultar cada vez más influido por el jonsismo, con una serie de consecuencias históricas muy importantes (79).

Pero todo esto supone ya continuar la historia del nacionalsindicalismo. Aquí, más simplemente, vamos a señalar que es obligado analizar, a más de lo indicado, una serie de trabajos de Ramiro Ledesma Ramos, entre los que destaco el prodigioso artículo que publicó en *Acción Española*, y ciertos fragmentos de *¿Fascismo en España?* y del *Discurso a las juventudes de España*, concluyendo con algunas aportaciones aparecidas en *La Patria Libre* y en el único número publicado de *Nuestra Revolución*, escasas fechas antes del 18 de julio (80).

Otros pensadores meditaron sobre el nacionalsindicalismo desde 1931. Destacaría entre ellos, aparte de Bermúdez Cañete, a Manuel Souto Vilas y su espléndido libro *Teoría de los Sindicatos Nacionales* (81). El que se revise la obra de éste es elemental deber de justicia, porque la *Revista de Trabajo* le cerró sus puertas al llegar al Ministerio Joaquín Benjumea (82), y sólo ahora, avanzando por una elipse que se asemeja un tanto, desgraciadamente, a la órbita de los cometas, treinta años después, ha pasado a reconocer lo mucho que le debe el nacionalsindicalismo a este importante filósofo. Muy bellamente, el profesor Souto Vilas señala que abandonaba el campo del análisis del sindicalismo por “el íntimo convencimiento de que esa realidad —la social de España— no se doblegará a los imperativos de la verdad hasta que haya pasado por experiencias muy duras”. Liga esto a que “desde Platón discrepan en absoluto el reino de la verdad y el reino de la realidad”.

Quienes meditamos, diaria y medrosamente, sobre esta discrepancia, queremos que el futuro sea cada vez menos cosa “modificable” y que la verdad pase a reinar con creciente intensidad. Por eso es preciso que continuemos, en el capítulo siguiente, con un análisis crítico, centrado ya en quien se convirtió en el jefe político e intelectual máximo del nacionalsindicalismo: José Antonio.

Notas

(1) Cfs. Tomás BORRÁS: *Ramiro Ledesma Ramos*, Editora Nacional, Madrid, 1971, págs. 704-782.

(2) Conservo un ejemplar de los repartidos en fecha oscura de febrero de 1931. Su título exacto es *La Conquista del Estado. Manifiesto Político*, no *Manifiesto político de la Conquista del Estado*, como con sintaxis horrible se ha repetido. La adhesión de Matías Montero lleva fecha 9 de febrero. Se lanzó la hoja por las calles de Madrid desde un automóvil que tenía un megáfono, y también entre los viandantes del paseo de Recoletos. Como el 8 de febrero de 1931 fue domingo, sospecho que ese día se difundió la hoja del *Manifiesto*. La firma se verificó a la luz de una vela por la simple razón de que no se había instalado la luz eléctrica en su primer domicilio, Eduardo Dato, 7, planta D. También se efectuó, de pie por todos —excepto por Ernesto Giménez Caballero, que lo hizo por teléfono desde Barcelona—, pues aún no había más mueble que una mesa. Este sería, pues, el acto fundacional auténtico. Dando un día para la recepción de los ejemplares de la imprenta —el 7 de febrero—, otra para la impresión —6 de febrero—, la firma tendría lugar el 5 de febrero, jueves. No he visto que nadie se haya preocupado por fijar esta fecha. Me gustaría que me confirmasen o rectificasen. Mientras lo hagan, el nacimiento del nacionalsindicalismo parece tuvo lugar en España el 5 de febrero de 1931. Más, pues, que “gallos de marzo” fueron “gallos de febrero”, si nos atenemos a la cronología exacta.

(3) Nacionalsindicalismo existió en otros países y con diferencias, a veces, fuertes con respecto al español; por ejemplo, el caso de Rolao Preto en Portugal. Falangismo también ha existido en otros lugares: Líbano, Chile, Bolivia, como puntos en que su movimiento ha tenido más peso político. Sus programas tampoco son paralelos a los falangistas españoles, aunque muchas veces con evidentes parentescos. Últimamente me he enterado de la existencia de la Falange Polska, dentro del Polskie Stronnictwo Narodowe, con mucha influencia en Poznan. El jefe de esta “Falange polaca” era Román Dmowski, que había firmado al lado de Padetewski el Tratado de Versalles; cfs. Fernando VADILLO, *Arrabales de Leningrado*, Ediciones Marte, Barcelona, 1971, pág. 363. De aquí la necesidad del adjetivo. Con respecto a la Falange en España, no me refiero, naturalmente, al socialismo utópico fourierista. Los fourieristas se denominaron, a veces, *falangistas*, y el órgano oficial se tit-

ulaba *La Phalange*. Se publicaba en París, en la rue Jacob, 54. Era quincenal. Sobre estos “falangistas” tan dispares de los actuales, la exposición más reciente está en la selección y notas de Antonio Elorza, quizá el mejor tratadista español de temas de nuestra historia social y política moderna, titulada *Socialismo utópico español*, Alianza Editorial, Madrid, 1970. El problema mayor surgió con el nacionalsindicalismo portugués de Rolao Preto, posterior a las J.O.N.S. —cfr. Francisco BRAVO MARTÍNEZ, *Historia de la Falange Española de las J.O.N.S.*, Editora Nacional, Madrid, 1940, pág. 11—, a cuyos seguidores Onésimo Redondo llama despectivamente “esos ‘nazis’ de camisa azul que pretenden anexionarse a Galicia” en el editorial *En “Acción Española” colabora un separatista*, aparecido en *Libertad*, 20 noviembre 1933, núm. 64, que motiva una negativa no demasiado clara, por cierto, de que esto sea así, del propio Rolao Preto en el artículo *El Nacional Sindicalismo portugués*, en *Acción Española*, 16 enero 1934, tomo VIII, núm. 45, nota 1 de las págs. 881-882.

(3 bis) Cfs. Pedro LAÍN ENTRALGO: *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, Editora Nacional, Madrid, 1941, pág. 16.

(4) Véase la acertada acotación que del mismo se efectuó por Santiago MONTERO DÍAZ en su ensayo *La evolución intelectual de Ramiro Ledesma*, que antecede a la obra de Ramiro LEDESMA RAMOS *Escritos filosóficos*, Imprenta y Encuadernación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. XXXIV-XXXVII. El artículo originalmente apareció en *La Gaceta Literaria*, 15 septiembre y 15 octubre 1930. Tengo otra edición, a la que siguen cuatro artículos de Ledesma Ramos, de este texto del Profesor Montero Díaz. Se titula *Ramiro Ledesma Ramos*, Círculo Cultural Ramiro Ledesma Ramos, Madrid, 1962.

(5) Anónimo se publicó por Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1941. El texto citado se encuentra en la página 20. Ignoro por qué se excluyó cita de autor, aunque en el prólogo esté bien claro habla en primera persona de singular. ¿Fue Emiliano Aguado? Es muy probable. El incidente lo relata Southworth como producido entre Antonio Espina y Ramiro Ledesma, y que éste, frente a la pistola de madera que enarbolaba Espina, había puesto sobre la mesa una pistola auténtica. Añade que Ramiro gritó: ¡Viva España! y ¡Viva Italia! Se apoya en Guillén Salaya y Giménez Caballero, cfs. Herbert RUTLEDGE SOUTHWORTH: *Antifalange. Estudio crítico de “Falange en la guerra de España: la unificación y Hedilla” de Maximiano García Venero*, trad. de José Martínez, Ruedo Ibérico, París, 1967, pág. 66. Southworth indica también que presidía Bragaglia, lo que es absurdo, puesto que la cena era en honor de Giménez Caballero. Le acompañaría todo lo más en la presidencia. Pero más importante es que el texto de Tomás Borrás lo creo muy auténtico por dos cosas: una, porque se refiere a que posteriormente en *El Heraldo de Madrid* Ramiro declara: “No somos fascistas”, lo que no encaja con la afirmación de Giménez Caballero, por muy “soberbiamente” que le parezca descrita por éste para Southworth, de que frente a Antonio Espina “se levantó Ledesma, y, apoyado en una reciente teoría mía sobre el fascismo italiano, hizo profesión pública de fascista”, la segunda, porque Tomás Borrás es un pombiano bien conocido, que conoce mejor el ambiente de estas cenas que Southworth, a pesar de manejar éste a Guillén Salaya y a Giménez Caballero. Está, además, Borrás retratado en el famoso cuadro de Solana; cfs. Ramón GÓMEZ DE LA SERNA, *La Sagrada Cripta de Pombo* (tomo II, aun que independiente del I, pudiendo leerse el II sin contar con el I), Imp. G. Hernández y Galo Sáez, Madrid, s.f., pág. 210; sobre Borrás y los pombianos, en el mismo libro, *ibídem*.

(6) En *La evolución intelectual de Ramiro Ledesma*, ob. cit., página XXVIII.

(7) Transcrita íntegra en Tomás BORRÁS, ob. cit., págs. 128-129.

(8) Una prueba; Tomás BORRÁS, en ob. cit., pág. 306, dice: “Alguien ha dicho que el yugo y las flechas constan en un libro de Giménez Caballero, *Circuito Imperial*. No he podido hallar ese libro, no conozco la fecha de salida al mundo político”. Pues bien, la ficha bibliográfica del mismo sería: E. GIMÉNEZ CABALLERO, *Circuito Imperial*, colección Joven España, La Gaceta Literaria, Madrid, 1929, 125 págs., 3,75 ptas. Las portada y contraportada son cubistas, con colores que van del rojo al blanco y al azul, de un modo realmente bello. En la portada se lee: Cuadernos de La Gaceta Literaria —1—. E. GIMÉNEZ CABALLERO. *Circuito Im-*

perial. La dedicatoria, pág. 7, reza así: “A la memoria de Ramón de Basterra. Poeta, diplomata (sic), vesánico: esencial y viajero”. Examinado cuidadosamente no aparece nada sobre el yugo y las flechas.

(9) Cfs. Juan APARICIO: *Prólogo a La Conquista del Estado*. Antología, Ediciones F.E., Barcelona, 1939, pág. IX. Naturalmente que *Circuito Imperial* no es la única obra fascista de Gecé. Más adelante volveré sobre esto.

(10) *Prólogo*, cit., pág. IX.

(11) El texto que se editó es el citado *Escritos filosóficos*. Lo encabeza precisamente el ensayo *La filosofía, disciplina imperial*. (*Notas para una fenomenología del conocimiento filosófico*.) El plan de los citados *Escritos filosóficos*, donde se agrupaban una parte de sus artículos de filosofía, sigue precisamente el que había trazado Ramiro Ledesma para el que titularía como el artículo que lo iniciaba, y que deforma levemente Juan Aparicio. El texto de este artículo se publicó en *El Sol*, y en *Escritos filosóficos* se edita de acuerdo con la revisión hallada en los papeles del autor. Pensaba éste revisarlos todos, pero sólo lo hizo con el primero, en lo que se conoce. Quizá por ello, en vez del título que había pensado Ramiro, Santiago Montero Díaz optó por otro. Para mí la cuestión está clara.

(12) *Escritos filosóficos*, ob. cit., pág. 3.

(13) *Escritos filosóficos*, ob. cit., págs. 4 y 5.

(14) *Escritos filosóficos*, ob. cit., págs. 7-20. Pero esto no tiene nada que ver con el Imperio político. Así, resulta falsa la frase de Juan Aparicio cuando al referirse al citado libro habla de que “¿quién se acordaba entonces del Imperio, en aquella época desastrosa?”, etc.

(15) *Escritos filosóficos*, ob. cit., pág. 35.

(16) *Escritos filosóficos*, ob. cit., pág. 95. Convendría buscar un paralelismo en formación filosófica y jurídica con José Antonio; cfs., el libro, que he visto poco comentado, de Agustín DEL RÍO CISNEROS y Enrique PAVÓN PEREYRA: *José Antonio, abogado*, Ediciones del Movimiento, 2.^a edición, Madrid, 1968.

(17) Tomo la frase del ensayo de Román ROSDOLSKY: *La signification du “Capital” pour la recherche marxiste contemporaine*, incluido en la obra colectiva *En partant du “Capital”*, Anthropos, París, 1968, pág. 253; también, sin glosa, puede verse la frase en *Lenine, Cahiers philosophiques*, trad. de Lida Vernant y E. Bottigelli, Editions Sociales, París, 1955, pág. 149.

(18) Para que se vea la seriedad de este trabajo transcribo la cita en la que apoya sus afirmaciones Payne: “Aparicio, *La Conquista del Estado*, págs. VII-IX; Aparicio, *Ramiro Ledesma*, páginas 13-18; Arrarás, *Historia de la Cruzada Española*, 1, 385”. El error se debe a que en la primera de las obras —citada por mí como *Prólogo*, cit.—, en la pág. VIII, se dice que “se matricula en la Universidad Central para cursar Filosofía y Ciencias físico-matemáticas”, y en la segunda, que es el anónimo *Ramiro Ledesma, fundador de las J.O.N.S.*, al que aludo en la nota 5, en la página 14, se escribe que Ramiro “se matricula en la Universidad como alumno de Filosofía y Ciencias al mismo tiempo”. Aparte de que no sé de dónde saca Payne que es de Juan Aparicio, con tanta seguridad, cuando lo más probable es que sea de Emiliano Aguado, la verdad, como ha mostrado Tomás Borrás, en ob. citada, págs. 48-49, es que en 1926 —o sea, a los veintiún años— se matricula simultáneamente en las Facultades de Filosofía y de Ciencias. “Se gradúa como Licenciado en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1930, en la sección de Filosofía.” Al mismo tiempo aprueba siete asignaturas de la licenciatura en Ciencias Exactas y dos de la licenciatura en Ciencias Químicas. Naturalmente que éstas fueron asignaturas complementarias para su formación como filósofo. Así que la frase “trató de obtener el título de licenciado en Filosofía” es muestra de cómo no se investiga.

(19) Tampoco. Sí comentó muchos aspectos de la filosofía alemana, entre otras cosas, porque grandes filósofos fueron alemanes. Por ejemplo, entonces estaba bien reciente *Sein und Zeit*, de Martin HEIDEGGER, nada menos. Su maestro, Ortega, le traía efluvios de la escuela neokantiana de Marburgo. Pero si hubiese

repassado la lista de sus ensayos, hubiera visto Payne que de esa exclusividad del pensamiento alemán, nada: Ortega y Gasset, Gómez Izquierdo, Sanz del Río, Descartes, Amor Ruibal, Mercier, Bertrand Russell, Vico, Unamuno, Gracián, Meyerson, son los protagonistas de una serie de artículos publicados precisamente en estas dos revistas. Claro es que era necesario manejar sus índices por lo menos. No digo ya leerlos. En fecha tan lejana como 1949, en el Ateneo madrileño, lo hice yo con todos los publicados en la *Revista de Occidente*. Después consulté algunos de *La Gaceta Literaria*. Por eso hablo con conocimiento de causa. Claro es que Payne busca al individuo rechazado por la sociedad, que en el “covo” fascistoide busca afianzar su personalidad. Mussolini *muratore* y Adolfo Hitler, pintor, autodidactas los dos, obligan a forzar los modelos. Ignora Payne todo, o casi todo —seamos benévolos—, de la sociedad española. No se da cuenta que escribir a los veinticuatro años recién cumplidos en la *Revista de Occidente*, y pasar a hacerlo de modo sistemático; tener abiertas las puertas de *La Gaceta Literaria* desde los veintitrés —en que publica el extraordinario ensayo *Maurras y el catolicismo*, en el número 1 de abril de 1928—, pertenecer al círculo directo de discípulos de Ortega y Gasset, lo que, a su vea, le permitía escribir en *El Sol*, y que el resto de la prensa madrileña se ocupase de él, era garantía de un porvenir intelectual solidísimo, con un acompañamiento social de extraordinario halago. Cuando pasa en 1930 a la política, arruina una carrera de éxitos. Nada, pues, no ya de un Anton Drexler, ni de su sucesor Adolfo Hitler, ni de Mussolini. Nada, pues, de presentarlo como un “modesto empleado de correos sin un céntimo”, como le viene bien a Payne. Cuando éste señala que en 1930 los designios de Ortega y Gasset eran “una idea demasiado pobre y deleznable pata Ledesma, siempre situado al margen (sic) del mundo intelectual español”, nos parece hallarnos en otro planeta. Por eso me asombra que mi antiguo amigo Francisco FARRERAS, en el *Prólogo del Traductor*, a la obra de Payne esté de acuerdo con los puntos de vista de éste sobre Ramiro Ledesma. Cuando yo le enviaba a Farreras colaboraciones para *Laye*, o cuando charlábamos a lo largo de los años 1951-1953, lo hacíamos los dos con más seriedad que lo hace Payne. Nos hubiésemos avergonzado de escribir u opinar con esa ligereza; cfs. Stanley G. PAYNE: *Falange. Historia del fascismo español*, trad. de Francisco Farreras, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1965, págs. 10-11, y en lo referente a Francisco Farreras, pág. IX.

(19 bis) En *Antifalange*, ob. cit., pág. 67. Por cierto que cuando habla Southworth, o el traductor, de la *urraca*, en la pág. 69, comparándola con Ortega, se equivocan; por el argentinismo *lao*, sospecho que tal *urraca* es el famoso *tero*, del *Martín Fierro*; en último caso, se trataría del *cuco*. Claro que habría que haber leído al gran José Hernández, o manejado una zoología. Nada de ello sirve para escribir “propaganda”.

(20) Cfs. *Obras completas de Onésimo Redondo*, edición cronológica, Dirección General de Información. Publicaciones Españolas, Madrid, 1954, tomo I, pág. 415. La *Introducción* es de Narciso García Sánchez, que las recopiló. Sin embargo, tiene algunos errores graves. Por ejemplo, y sólo por el estilo, he detectado una serie de textos que no son de Onésimo, sino de Mariano Sebastián Herrador. Este me lo ha confirmado. Convendría tenerlo en cuenta.

(20 bis) Cfs. Felipe XIMÉNEZ DE SANDOVAL, *José Antonio*, 2.^a edición, Gráficas Laza- Reno-Echárriz, Madrid, 1949, pág. 99.

(21) Cfs. José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Textos inéditos y epistolario*, recopilación de Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1956, pág. 7.

(22) Tomás Borrás, ob. cit., pág. 36.

(23) Cfs. Herbert RUTLEDGE SOUTHWORTH, *Antifalange*, obra citada, ilustración gráfica núm. 14.

(24) Cfs. *Circuito Imperial*, ob. cit., pág. 49.

(25) *Circuito Imperial*, ob. cit., pág. 55.

(26) Maximiano GARCÍA VENERO. *La Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, Ruedo Ibérico, París, 1967, pág. 31. Esta cita no queda invalidada por la polémica que sobre este libro se desarrolló

muy poco antes de la muerte de Manuel Hedilla Larrey; véase, sucesivamente, Maximiano García Venero, *Carta de García Venero sobre Hedilla*, en *Pueblo*, 22 noviembre 1969, pág. 3; Manuel Hedilla Larrey, *Réplica de Hedilla*, en *Pueblo*, 24 de noviembre de 1969, pág. 3; Hedilla, “sorprendido” por la carta de García Venero, en *Informaciones*, 24 noviembre 1969, pág. 32; Maximiano García Venero, *Polémica García- Venero Hedilla*, en *Pueblo*, 26 de noviembre 1969, pág. 2; Hedilla empeora, en *Informaciones*, 27 noviembre 1969, pág. 40, donde se contienen unas declaraciones de Ángel Senarriaga sobre el tema; finalmente, *Pueblo*, el 6 de diciembre de 1969, bajo el título *Polémica García Venero-Hedilla*, y con la publicación de cartas y documentos enviados por V. Domínguez Isla, García-Galán López, Rafael G. Lasaga y José Luis Arias, que ocupan toda la pág. 14 da por concluido el asunto, “ante la enfermedad de don Manuel Hedilla”; fue calificada la posición de García Venero de “nota discordante” en el artículo *Manuel Hedilla: la Falange que pudo ser*, aparecido en *Mundo*, 6 diciembre 1969, núm. 1.544, pág. 31.

(27) Maximiano GARCÍA VENERO, *Historia de la Unificación (Falange y Requeté en 1957)*, Madrid, 1970, págs. 6-8.

(28) En las elecciones de febrero de 1936, Giménez Caballero fue candidato en Madrid con Gil Robles y restando votos, forzosamente, al Frente Nacional falangista. En su libro *El dinero y España*, Afrodísio Aguado, Madrid, 1965, dice en la pág. 33: “Don Juan March había entregado por mí —sin yo saberlo— una ingente suma en las elecciones de 1936, a fin de que se me incluyera en la candidatura anticomunista dirigida por un líder democristiano: Gil Robles.” Giménez Caballero, personalmente, me señaló que su inclusión en la candidatura gilroblista había producido gran enfado en José Antonio. Sospecho hubiese éste tenido una de sus “cóleras bíblicas”.

(29) Cfs. José M.^a AREILZA y Fernando M.^a CASTIELLA, *Reivindicaciones de España*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1941, página 35.

(30) Cfs. *Antifalange*, ob. cit., págs. 15-16.

(31) Cfs. *Antifalange*, ob. cit., pág. 16.

(32) Cfs. *Antifalange*, ob. cit., pág. 15.

(33) *Antifalange*, ob. cit., pág. 63.

(34) Curiosa cosa sería que luchar contra el imperialismo británico fuese “imperialismo”.

(35) *Reivindicaciones de España*, ob. cit., pág. 227.

(36) *Reivindicaciones de España*, ob. cit., pág. 361.

(37) *Reivindicaciones de España*, ob. cit., pág. 524.

(38) *Reivindicaciones de España*, ob. cit., pág. 635.

(39) Incurre Southworth en contradicciones, como cuando une a este imperialismo el de la conexión de la Hispanidad: *Antifalange*, ob. cit., pág. 49. Después de leer lo que hemos escrito resulta científicamente ridícula la tesis de Herbert Rutledge Southworth, en *El mito de la Cruzada de Franco. Crítica bibliográfica*, Ruedo Ibérico, París, 1963, pág. 264, nota 777, de que en *Reivindicaciones de España*, “los autores no sólo reclaman el África del Norte francesa, sino también Cochinchina y otros territorios, franceses en aquella época”. Southworth no ha leído para escribir esta nota *Reivindicaciones de España*, pues el África del Norte francesa llegaba de Marruecos a Túnez, y como es lógico ni de Argel, ni mucho menos de Túnez hablan Areilza y Castiella; el que se “reclame Cochinchina” es prueba, repito, de que no leyó el libro; y resulta que las reivindicaciones se hacen, al parecer, sólo a costa de Francia. Dejando a un lado Gibraltar, ¿es que Francia tenía algo que ver con la costa de Calabar que se pide en el golfo de Biafra? Para criticar como hace Southworth hay que leer, no aparentar que se ha leído, o leído superficialmente, que es lo propio de un propagandista, no de un científico. No sé si esta frase de Southworth sobre los intelectuales que se separan al arruinarse la “idea imperial falangista” está inspi-

rada en Dionisio Ridruejo, que recientemente indicaba que la idea de José Antonio de “empresa”, de “imperio”, “pertenece al modelo fascista genérico, con un empeño en desplazar hacia fuera los conflictos internos y especialmente los de clase”, cfs. *Dionisio Ridruejo recuerda a su antiguo jefe*, en *La Actualidad Española*, 18-25 noviembre 1971, número 1.037, pág. 458 del encarte *La guerra de España*. Ridruejo sí que fue un fascista, y no sé qué pensaría sobre los conflictos de clase. Sobre todo un grupo falangista volcado al fascismo habrá que volver. En general, a él pertenecen no pocos *convertidos*.

(40) Cfs. *La Conquista del Estado*. Antología, ob. cit., pág. 95, porque Southworth la maneja. Pero si hubiese consultado no la *Antología*, sino todos los artículos de *La Conquista del Estado*, se hubiese encontrado en uno con esto: “Hay muchos espíritus débiles y enclenques que creen que esto del imperio equivale a lanzar ejércitos por las fronteras. No merece la pena detenerse a desmentir una tontería así”; cfs. *La Conquista del Estado*, 30 mayo 1931, núm. 12, en el artículo *Nuestra idea imperial*, pág. 1; la idea seguía bien clara años después, para una persona intelectual por encima de todo; véase lo que sobre lo que es el Imperio señala Santiago Montero Díaz en su espléndido folleto *La revolución nacional- sindicalista y los trabajadores*, reimpresión, Ediciones Libertad, Zaragoza, 1939, III Año Triunfal, págs. 44-48.

(41) Es absurdo prodigar los párrafos; he aquí uno: “Tenemos que esperar en una España que impere. Ya no hay tierras que conquistar, pero sí hay que conquistar para España la rectoría en las empresas universales del espíritu”; cfs. *Obras Completas de José Antonio Primo de Rivera*, recopilación y ordenación de los textos originales hechos por los camaradas Agustín del Río Cisneros y Enrique Conde Gargollo, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular de F.E.T. y de las J.O.N.S., Madrid, 1945, página 139.

(42) Cfs. sucesivamente R. LEDESMA RAMOS, *España, hoy. Carta al comandante Franco. ¡Hay que hacer la revolución!*, en *La Conquista del Estado*, 9 de mayo 1931, núm. 9, pág. 1, y el folleto, muy poco comentado, de Ramiro LEDESMA RAMOS, *¡Hay que hacer la revolución hispánica! (Carta al comandante Franco)*, Imprenta de la Editorial Albero, Madrid, 1931. El folleto, con algunos cambios, reproduce el texto primero publicado en la revista, incrementado en los capítulos *La legitimidad y la fecundidad de la violencia, o dictadura o libertad, La Guardia cívica, La actitud del momento. ¿Quiénes se oponen a la Revolución? Comunismo, ¡no!, La reaparición del marxismo, La Guerra de conventos, La unidad nacional, La deslealtad de Cataluña, La estructura federal, Atención a Cataluña, Nuestra idea imperial y España, potencia de imperio*. Como apéndice, con el título *Pedimos y queremos y “La Conquista del Estado”*, las declaraciones programáticas del Movimiento. El folleto lo firma Ramiro como “Director de *La Conquista del Estado*”, y lo fecha en junio de 1931. La ruta política del comandante Ramón Franco, y su talante militar, no puede comprenderse sólo con *Madrid bajo las bombas*, Zeus, Madrid, 1931, y la obra en colaboración con Julio Ruiz de Alda, *De Palos al Plata*, Espasa-Calpe, Madrid, 1926, como pretende Southworth —cfs. *Antifalange*, ob. cit., pág. 272—, ignorando la obra intermedia *Águilas y Garras*, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930. El original lo concluyó Franco en agosto de 1929. Con *Águilas y Garras* en la mano, se entienden más tres cosas: el que Ramiro le escribiese, el que Ruiz de Alda e Iglesias respondiesen al llamamiento, y el que en 1936 se pusiese al lado del Ejército Nacional y no del Republicano. Fijémonos también en que desde Cuatro Vientos había llevado a Queipo de Llano a Portugal como relata en *Madrid bajo las bombas*. Consultar tanto libro es muy pesado, pero sin hacerlo no se entiende nada de nada.

(43) Cfs. Ramiro LEDESMA RAMOS, *¿Fascismo en España?*, en la edición conjunta con el *Discurso a las juventudes de España*, de ARIEL, Esplugas de Llobregat, 1968, pág. 92. Citaré *¿Fascismo en España?* por esta edición. Conviene advertir que existe un folleto de 80 páginas en 4.º menor, que al parecer obligó a poner las interrogaciones al de Ramiro Ledesma Ramos, obra de Alfonso MARTÍNEZ CARRASCO, titulado *Fascismo en España*, Barcelona, 1934, donde recoge una serie de opiniones sobre el fascismo. Entre ellas está la de José Antonio, que se reproduce en *Textos biográficos y Epistolario. José Antonio íntimo*, recopilación de Agustín DEL RÍO CISNEROS y ENRIQUE PAVÓN PEREYRA, 3.ª edición, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1968, págs. 228-229. Sobre esta obra de Martínez Carrasco es violentísimo el juicio expresado por Tomás BORRÁS,

en ob. cit., pág. 644. El autor era un anarquista anticlerical grosero, de los que ampliaron la herencia de Nackens. La opinión de Borrás me parece justa. Cfs. también comandante FRANCO, *Madrid bajo las bombas*, ob. cit., pág. 79.

(44) Cfs. *Nuestras organizaciones. El "Bloque Social Campesino"*, en *La Conquista del Estado*, 13 junio 1931, núm. 14, pág. 1. Hablaba de que en Galicia contaba "con miles de campesinos entusiastas", y que irían hacia Andalucía, a organizarlo, "los camaradas Ledesma Ramos y Bermúdez Cañete".

(45) El último número de la colección que yo manejo es el 23, corresponde al 24 de octubre de 1931.

(46) Cfs. *¿Fascismo en España?*, ob. cit., pág. 99.

(47) Más datos en David JATO, *La rebelión de los estudiantes. (apuntes para una Historia del alegre S.E.U.)*, CIES, Madrid, 1953, págs. 48-57.

(48) En *Libertad*, 13 junio 1931, núm. 1, puede leerse: "Nos parece bien el ardor combativo y el anhelo hispánico de *La Conquista del Estado*. Pero echamos de menos la actividad antisemita que ese movimiento precisa para ser eficaz y certero. No nos cansaremos de repetírselo".

(49) Luis Burgos Boezo, compañero escolar y fundacional de Onésimo Redondo, me relató numerosas anécdotas en este sentido. Sin embargo, en *Libertad* se ensalza la acción de "nuestros bravos compañeros" de Acción Nacional; cfs. *Obras Completas de Onésimo Redondo*, ob. cit. tomo I, pág. 98.

(50) Cfs. *Obras Completas de Onésimo Redondo*, ob. cit., tomo I, pág. 98.

(51) *Juntas y no Junta*. Este error es bastante común, y en él, naturalmente, cae Southworth; cfs. *Antifalange*, ob. cit., pág. 21: "En junio de 1931, un antiguo discípulo de los jesuitas, todavía joven, Onésimo Redondo, formó en Valladolid un grupo que con el nombre de Junta Castellana de Actuación Hispánica..." Según Narciso GARCÍA SÁNCHEZ, las *Ordenanzas* —y antes de ellas no hay ninguna referencia a las Juntas—, "se escribieron en el otoño de 1931"; junio no es el otoño. Por otro lado, la *Junta* era la que funcionaba en cada localidad; el conjunto son las *Juntas Castellanas de Acción Hispánica*: "Como los grupos aumentaban, Onésimo Redondo escribió a máquina, y se repartieron entre los jóvenes extremistas afectos, las ordenanzas de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica"; la fecha es agosto de 1931-septiembre 1931, y no junio; cfs. *Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla*, Ediciones Libertad, Valladolid, 1937, págs. 19-22. La fecha de junio es la de la fundación de *Libertad*. El error de Southworth sobre esto es notable. Como pronto se funden en otras *Juntas*, las J.O.N.S., nadie se preocupó de historiar mucho este período.

(52) Cfs. *Obras Completas de Onésimo Redondo*, ob. cit., tomo I pág. 73. En el número de *Libertad*, del 31 de agosto de 1931 señala como "gestas de la independencia" a Villalar y Bailén cfs. *Obras Completas de Onésimo Redondo*, ob. cit., tomo 1, pág. 200.

(53) Cfs. *Obras Completas de Onésimo Redondo*, ob. cit., tomo I, págs. 61-62.

(54) Cfs. *Obras Completas de Onésimo Redondo*, ob. cit., tomo I, págs. 405-407.

(55) Cfs. *Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla*, ob. cit., páginas 42-62.

(56) Cfs. Onésimo REDONDO, *El Estado Nacional*, 2.^a edición, Editora Nacional, Madrid, 1943.

(57) Cfs. Onésimo REDONDO, *El Estado Nacional*, ob. cit., páginas 126-130, en el capítulo que titula, de modo incitante, *La Conquista del Estado*.

(58) Cfs. *Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla*, ob. cit., páginas 71-73. Sólo se presentó otro candidato nacional-sindicalista en aquellas elecciones, en Cáceres: ¿Álvarez de Sotomayor?

(59) Cfs. Onésimo Redondo, *Caudillo de Castilla*, ob. cit., página 73.

(60) Cfs. Onésimo Redondo, *Caudillo de Castilla*, ob. cit. página 75.

(61) Cfs. *Obras Completas de Onésimo Redondo*, ob. cit., tomo 11, pág. 489.

(62) Cfs. *Obras Completas de Onésimo Redondo*, ob. cit., tomo 11, págs. 483-484.

(63) Cfs. *Obras Completas de Onésimo Redondo*, ob. cit., tomo 11, págs. 559-562, y Francisco BRAVO MARTÍNEZ, *Historia de Falange Española y de las J.O.N.S.*, ob. cit., págs. 26-28. Este discurso, y muchas cosas más radicales de Onésimo, es imposible encontrarlas en *sus Obras Completas*, que se detienen el 12 de febrero de 1934. Para conocer la historia política española contemporánea, urge profundizar en el período que Onésimo Redondo recorre desde esta fecha hasta su muerte en Labajos. Para mí, es, con la campaña electoral ya reseñada, la etapa más interesante y definitoria de su personalidad. Sus vinculaciones con el populismo se van debilitando, hasta esfumarse, en 1936, por completo.

(64) Debe por ello observarse con un fuerte talante crítico el capítulo *La expansión jonsista*, de la obra de Ramiro LEDESMA RAMOS, *¿Fascismo en España?*, ob. cit., págs. 109-113.

(65) JONS publicó su “cuaderno núm. 1” en mayo de 1933. Con colaboración firmada, aparecían en este número Ramiro Ledesma Ramos, José María Areilza, Onésimo Redondo Ortega, Emiliano Aguado, Juan Aparicio, Javier Martínez de Bedoya y José María Cordero. De esta revista se publicó un tomo titulado JONS, antología y prólogo de Juan Aparicio, Ediciones FE, Año de la Victoria; Payne no cita esta edición, sino otra de Madrid, Editora Nacional, 1943; Southworth, por el contrario, sólo habla de la que yo manejo; además existe una edición facsímil parcial, con motivo de su XXX Aniversario, publicada por el Círculo Cultural “Ramiro Ledesma Ramos”, Madrid, 1963; en esta edición, de 20 páginas, aparecen, con sus cabeceras originales, reproducciones de textos de Ramiro aparecidos en el núm. 1, en el núm. 3 —agosto 1933—, en el núm. 5 —octubre 1933— y en el núm. 8, enero de 1934.

(66) Cfs. *¿Fascismo en España?*, ob. cit., págs. 123-130; la Prensa, aparte de *Libertad* de Valladolid —es curioso que Ramiro no cite a *Igualdad*, ni hable de la campaña electoral de Onésimo—, es *Revolución* en Zaragoza, *Unidad* en Santiago de Compostela y *Patria Sindicalista* en Valencia.

(67) Maximiano GARCÍA VENERO, *La Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, ob. cit., pág. 37, habla de los títulos de propiedad sobre *La Nación* de los herederos de don Miguel Primo de Rivera, y las tensiones que se originaron con Delgado Barreto.

(68) Cfs. Maximiano GARCÍA VENERO, *Historia de la Unificación (Falange y Requeté en 1937)*, ob. cit., pág. 20.

(69) José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Textos inéditos y epistolario*, ob. cit., pág. 11.

(70) José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Ibidem*, pág. 52. Creo que la cosa más importante lograda por Unión Monárquica Nacional fue el mantenimiento de la CAMPSA, pese a la ofensiva que inmediatamente se lanzó sobre el Monopolio, y pese también, parece ser, a importantes compromisos adquiridos para su disolución; cfs. Enrique PAVÓN PEREYRA, *De la vida de José Antonio*, Ediciones F.C. Madrid, ¿1947?, pág. 29, nota 2. Sólo por eso, hubiese estado justificada la existencia de este Partido.

(71) José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Ibidem*, pág. 73.

(72) José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Ibidem*, pág. 87.

(73) José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Ibidem*, pág. 125. Quizá por este carácter incipiente, Gonzalo Torrente Ballester haya dicho que “el José Antonio propagandista monárquico de 1930 no tiene el menor interés, salvo el anecdótico. Ni siquiera el prefascista de los primeros años de la República. José Antonio comienza su actuación el 29 de octubre de 1933, en el teatro de la Comedia”; cfs. su Prólogo a *José Antonio Primo de Rivera (Antología)*, 3.^a edición, Ediciones FE, Madrid, 1942, pág. 29. Aquí Torrente Ballester, indirectamente, califica de fascista la etapa que se inicia en 1933. Es pena que no hubiese trabajado más en esta dirección, tanto en el Prólogo como en la *Selección*. Tampoco estoy conforme con esa fecha del 29 de octubre de 1933; desde hace

muchos años vengo sosteniendo que la primera postura interesante, válida, atrayente, de José Antonio, es la que ofrece el 19 de mayo de 1935, en el discurso del cine Madrid; recoge esta idea mía, la amplía, y ofrece notable bibliografía, Adriano GÓMEZ MOLINA, en *José Antonio, testimonio*, Doncel, Madrid, 1969. Para mí supera, con mucho, el trabajo, por otro lado difícil y valioso —fijémonos en que se fecha en 1939— de Torrente Ballester. El que tiene lugar en 1935 la transformación esencial del papel político de José Antonio se sostiene también en Pedro Laín Entralgo, obra cit., pág. 46. Con Efrén Borrajo, con quien comenté este punto, creo que hay que estudiar más esta etapa prefascista de José Antonio que deja a un lado Torrente Ballester. Me parece que el Nacionalismo francés, Péguy, y otra serie de intelectuales —Léon Daudet, Maurras— están detrás de muchas frases y actitudes joseantonianas iniciales. Naturalmente, que el gremialismo o guildismo inglés, que le llega vía Ramiro de Maeztu- Olariaga, es de esta época y no de otra; por eso estoy en desacuerdo con lo que escribe sobre estos temas Ridruejo en la colaboración cit., pág. 458. No digo, por supuesto, que esta postura la defendiese Olariaga. La consulta a los *Apuntes de Política Social* que conserva Serrano Súñer, creo hubiese aclarado la época en que José Antonio idealizaba el siglo XIII, según Ridruejo.

(74) Con fecha 17 de diciembre de 1955, Tomás de la Dehesa y Tellería enviaba una carta al director del diario *Arriba*. Lleva como membrete “Tomás Dehesa. Conservas y Salazones de pescado. Exportaciones. Casa fundada en el año 1880.— Laredo (Spain). Particular.” Con letra manuscrita de Manuel Vázquez Prada en la parte superior derecha, se lee: “A Velarde.— Contestarle al firmante.” Enviaba al periódico tres cuartillas con el título *Divulgaciones financieras y económicas para el viento*. En la carta decía, entre otras cosas: “No soy amigo de redactar memoriales que la casi totalidad se destinan para el cesto de papeles inútiles.— En España desde hace cerca de 20 años se gobierna bajo el signo de la Falange (sic) y mis intervenciones políticas han sido dos.— Una que se remonta a los tiempos del Gobierno en Burgos en que Fernández-Cuesta desempeñaba el Ministerio de Agricultura y la Secretaría del Movimiento. Me escribió recordando la correspondencia que yo había mantenido con José Antonio (q.e.p.d.) sobre sugerencias económicas y me recomendó que cuando mis ocupaciones me lo permitieran continuara con ellas.— Le mandé una especie de folleto escrito a máquina.— La segunda ha sido la carta cuya copia le incluyo.” Era una, fechada el 14 de septiembre de 1955, dirigida a Raimundo Fernández- Cuesta, y se refería a la forma de Gobierno que debería tener nuestro país. Para justificar sus opiniones, le escribía a Fernández-Cuesta lo siguiente: “En el año 1933 redacté unas hojas sobre la política... Un ejemplar de éstas, en unión de una carta, envié a José Antonio Primo de Rivera (q.e.p.d.). En mi carta me permitía animarle a que iniciara nuestro movimiento reconociendo a priori su Jefatura.— Tuvo la gentileza de contestarme según copia que te incluyo y que se explica por sí sola.— El original le conservo en mi poder.— Es posible que no me equivocara si dijera que en la actualidad soy de hecho el decano de nuestro Movimiento.” Es curioso que en el minucioso análisis de la Falange de Laredo que ofrece Maximiano GARCÍA VENERO en *La Falange en la Guerra de España: la Unificación y Hedilla*, ob. cit., págs. 75-82, se habla de Andrés Dehesa y Antonio de la Dehesa; nunca de Tomás Dehesa.

(75) No aparece ni en José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Textos inéditos y epistolario*, ob. cit., ni en *Textos biográficos y epistolario. José Antonio, íntimo*, ob. cit.

(76) Le doy mucha importancia a esta carta porque en el epistolario de José Antonio existe un hueco entre el 3 de abril de 1933 —en que ratifica a Julián Pemartín que “la actitud de duda y el sentido irónico” le inhabilitan para “erigirme en caudillo del fascio”— y el 11 de diciembre de 1933, en que aparece otra carta dirigida a Sancho Dávila, y en la que le da ya muy concretas instrucciones políticas; cfs. José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Textos inéditos y epistolario*, ob. cit., págs. 417-419, o el 2 de diciembre de 1933, en que le envía a José Gutiérrez-Ravé “nuestros discursos de la Comedia, que han sido impresos según usted aconsejaba”; cfs. *Textos biográficos y epistolario. José Antonio, íntimo*, ob. cit., págs. 577-579. Supongo se viese con Tomás Dehesa con motivo del mitin de Torrelavega, el 20 de agosto de 1933, que se calificó de “afirmación española” y como homenaje a don Antonio Royo Villanova. La visita a Mussolini forma parte del “estudio más a fondo” del fascismo; creo lo ve bien Felipe XIMÉNEZ DE SANDOVAL en *José Antonio*, ob. cit.

(77) El Frente Español de Alfonso García Valdecasas se fusionó antes de finales de septiembre de 1933; cfs. SANCHO DÁVILA, *José Antonio, Salamanca y otras cosas...*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1967, pág. 47. En las págs. 46-47 indica que “Julio Ruiz de Alda propuso el (nombre) de F.E. (para el naciente movimiento). Era breve, conciso, y lo mismo podía ensamblar fascismo español que falange española. Llegaron (Julio Ruiz de Alda y José Antonio) a un acuerdo”. El Frente Español había nacido en el invierno de 1931. “Al mismo tiempo que el grupo de *Frente Español* hacía su ensayo sin medios de lucha, pero abiertamente, otro grupo, que se ocultaba en la clandestinidad, fijaba pasquines encabezados con las iniciales F.E., enmarcadas con un cuadro azul. Este último lo constituían gentes que fueron fieles al Dictador y tomaban unas iniciales que querían decir *fascio español*; cfs. Enrique PAVÓN PEREYRA, *De la vida de José Antonio*, ob. cit., pág. 51; en las págs. 51-54 se relatan datos interesantes sobre la fusión de Frente Español en la Falange, y cómo se adopta el nombre de ésta. El Secretario General del Frente Español fue Eliseo García del Moral. Aparte de Valdecasas, miembros importantes eran Antonio Bouthelier Espasa, Patricio González de Canales y tengo noticias, pero no concluyentes, de que en él militó Amalio Gimeno. Por acta suscrita por José Antonio se les consideró fundadores de Falange Española.

(78) Para conocer las ideas del Marqués de la Eliseda, recomendamos la lectura del largo *Prólogo del traductor*, firmado por él, págs. 7-41 de la obra de H.E. GOAD, *El Estado corporativo. Un estudio del desarrollo del fascismo*, trad. del Marqués de la Eliseda, Librería San Martín, Madrid, 1933.

(79) Cfs. Juan Antonio ANSALDO, *¿Para qué...? (De Alfonso XIII a Juan III)*, Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1951, págs. 60-90. En la pág. 94 queda todo bien claro: “La incompatibilidad entre Calvo y José Antonio, empujaba también hacia el mismo fin —un movimiento militar monárquico, prescindiendo de Falange— tras una discutida salida a la escena política callejera en manifestación de apoyo al presidente Lerroux, bajo los pliegues de la bandera tricolor, ya que el prestigio creciente de aquél rebasaba de los límites de su puesto en Renovación... A tales motivos obedeció el nacimiento del Bloque Nacional. Su manifiesto de constitución iba firmado por un centenar de representantes de fuerzas vivas, intereses económicos, agrícolas y financieros y personas de alta posición social, intelectual, académica o profesional. El Comité Ejecutivo estaba constituido por cinco miembros: Calvo Sotelo, Víctor Pradera, Pedro Sainz Rodríguez, Lamamié de Clairac y Juan Antonio Ansaldo, combinación de monárquicos de ambas ramas, en la que Calvo había de ser brillante jefe.” La fuerza de choque recibió el nombre de “guerrillas de España”. Más datos que corroboran lo dicho, en la pág. 105. Frente a esta actitud se alzó la pluma de Ramiro Ledesma Ramos: “La revolución nacional española no puede prescindir de las masas... A la nacionalización de las grandes masas populares españolas se oponen en rigor dos actitudes y dos fuerzas que actúan en sentido diferente. Una, constituida por los grupos que quieren prescindir realmente de las masas, y desean que España, la Patria Española, se sostenga y apoye exclusivamente en ellos...”; cfs. Ramiro LEDESMA RAMOS, *Discurso a las juventudes de España (con dos amplias digresiones acerca del signo revolucionario de las juventudes y del perfil actual de Europa. Y un prólogo de Santiago Montero Díaz)*, 4.ª edición, Ediciones FE, Madrid, 1942, págs. 84-85, lo que le lleva, en la página 92 a la petición de que se socialicen “la gran industria, los transportes, la Banca, y el comercio exterior”. Nada más alejado, naturalmente, de las ideas de los fundadores del Bloque Nacional. La postura de José Antonio enlaza, sin embargo, muy claramente con esta frase recogida en la obra de Francisco BRAVO, *José Antonio. El hombre, el Jefe, el camarada*, Ediciones Españolas, Madrid, 1940, pág. 10: “Yo fui de la F.U.E... Estuve como representante de mis compañeros de Derecho de la Universidad de Madrid, en el Congreso de Zaragoza. No fui de la Dictadura por muchos motivos, y, sobre todo, porque no estaba conforme con ella.” Admito, sin embargo, que Bravo no escribió exactamente; lo que presidió fue la Unión Nacional de Estudiantes, de tipo profesional, que chocó con las asociaciones de “estudiantes católicos”. Después de abandonar la Presidencia, derivado del carácter confesional de estas asociaciones nacidas bajo la inspiración de Ángel Herrera, el paso de la U.N.E. a la F.U.E. era lógico. Todo lo puntualiza muy bien Serrano Súñer; cfs. *Ramón Serrano Súñer evoca a su compañero de Universidad*, en *La Actualidad Española*, núm. cit., pág. 447.

(80) De *Nuestra Revolución* y *La Patria Libre* pueden encontrarse fragmentos muy interesantes en Tomás Borrás, ob. cit., y en *Ramiro Ledesma Ramos*, selección y prólogo de Antonio Macipe López. 2.^a edición, Ediciones FE, Madrid, 1942; el prólogo de Antonio Macipe López es realmente valioso.

(81) Editora Nacional, Madrid, 1941.

(82) Ob. cit., pág. 14.

[Juan Velarde Fuertes, *El nacionalsindicalismo cuarenta años después*, Editora Nacional, Libros directos, Madrid, 1972, págs. 39-79]